



Metáforas al aire,
núm. 4, enero-junio, 2020.
pp. 176-181
ISSN: 2594-2700

Me dan miedo los chinelos

Eduardo Hidalgo Trujillo*

*A mis sobrinos Daniel,
Héctor Eduardo y Ángel Adrián,
nacidos en Morelos.*

A Gilberto Rendón.

1

Llegué a Cuautla en 1989. Papá obtuvo una plaza de médico en el IMSS y nos mudamos del DF a esta calurosa ciudad con todo y Andy, nuestro fiel perro alaskan malamute. Pronto, mi hermano Daniel y yo hicimos buenas migas con Pepe y el Tino, un par de vecinos de nuestra cuadra. La vida infantil alejada de las contrariedades de los adultos transcurría sin preocupaciones.

Por las mañanas, me divertía horrores en la escuela; y en las tardes, Daniel, Pepe, el Tino y yo inventábamos toda clase de juegos y travesuras que hicieron de aquellos años los más felices de mi vida. Sin embargo, mi alborozo pueril fue interrumpido súbitamente en febrero de 1990, época de carnavales en todo el estado de Morelos.

Una noche de aquel fatídico mes, mi hermano y yo veíamos la televisión en nuestro cuarto. Eran alrededor de las 8:30 de la noche. De repente, unas notas de banda de viento, acompañadas por el percutir de unos tambores, se escucharon a lo lejos. No le di importancia. Deben de ser músicos callejeros, pensé. Pero mientras las manecillas del reloj avanzaban, las desconocidas notas se oían cada vez más cerca, hasta el punto de impedirnos escuchar la tele. No cabía duda: los músicos callejeros ya estaban afuera de mi casa. El ruido era tan ensordecedor que no se

* **Egresado de Maestría en
Producción Editorial en el Centro
Interdisciplinario de Investigación
en Humanidades en el Instituto
de Investigación en Humanidades
y Ciencias Sociales, Universidad
Autónoma del Estado de Morelos.**

podía hacer nada. Decidimos salir a ver el porqué de tan desenfrenado alboroto.

Aparte de los músicos, vimos a una muchedumbre que bailaba, gritaba y bebía cerveza. Andy comenzó a aullar al verlos. Tenía mucho tiempo que no aullaba, desde que había muerto el abuelo y lo vio en su lecho de muerte. Dicen que los perros aúllan cuando ven muertos.

Aquel exótico espectáculo y los aullidos de Andy me provocaron pavor. Mi corazón se sentía agitado y mi cuerpo comenzó a experimentar sudoración, nerviosismo y ligeros temblores. No lo puedo explicar con palabras, pero sentí como si Andy hubiese visto un fantasma y me lo quisiera comunicar con sus aullidos. Mi mente se aturdió más debido a esos personajes ataviados con largos vestidos de terciopelo negro, rojo, azul y amarillo; con largos sombreros de copa bordados con toda clase de lentejuela y pedrería. Algunos llevaban plumas en sus sombreros. Otros adornaban sus vestidos con piedras de colores o con chaquira, y portaban imágenes de la Virgen de Guadalupe, del calendario azteca, de un jaguar, de un sol, de una pirámide. Y para acabarla de amolar, no dejaba de observar esas caras de viejitos barbudos, ¡todas igual de horribles! Eran máscaras color carne con los ojos pintados de blanco. Los hombres disfrazados, al igual que la muchedumbre, bailaban, gritaban y bebían cerveza, como si estuviesen celebrando algo.

Nadie en mi familia había visto ese tipo de festejo. Los vecinos, al ver nuestra sorpresa y, sobre todo, mi preocupación, amablemente nos dijeron que se trataba de los chinelos.

—A mí me dan miedo los chinelos —mascullé.

Sin dudarle, me escondí detrás de las faldas de mamá. Por alguna razón que hasta la fecha no me he explicado, pensaba que los viejitos barbudos iban por mí y me iban a secuestrar. Empecé a llorar. Mi vida, hasta ese momento, había sido satisfactoria y no concebía la idea de terminar mis días al lado de los chinelos. Al ver mis lágrimas, la mamá del Tino se acercó y me abrazó. En un intento por reconfortarme, acarició largamente mi cabeza y me dijo que los chinelos eran una tradición en Morelos.

—Aquí en Cuautla —explicó la señora—, se aparecen de repente, y en pueblos como Tlayacapan, Tepoztlán, Yau-tepec y Jiutepec, los chinelos brincan en los carnavales.

—No te preocupes —continuó la mamá de mi amigo—, sólo bailan un rato y se van.

**Empecé a llorar.
Mi vida, hasta ese
momento, había
sido satisfactoria y
no concebía la idea
de terminar mis
días al lado de los
chinelos.**

2

A pesar de mi miedo, al día siguiente, pedí a mis padres que me explicaran todo aquel asunto de los chinelos. Según mi lógica infantil, si desentrañaba aquel misterio, la congoja desaparecería. Desafortunadamente, al igual que yo, mis papás no sabían absolutamente nada acerca de los chinelos, pero prometieron investigar y contármelo todo.

Un par de días después, papá me contó que, desde el siglo xvii había festividades locales llamadas fiestas patronales, en donde cada pueblo, y a veces cada barrio, tiene su santo patrón. En esas fiestas, la gente salía a las calles del pueblo y bailaba al compás de una banda de viento. Desde ese entonces, la gente ya se disfrazaba en las fiestas. De hecho, en algunos lugares del Estado de Morelos —explicó mi papá—, a los chinelos se les conoce como *huehuenches* que, en lengua náhuatl, quiere decir *viejitos*, y es el nombre que se les daba a los danzantes en ciertas regiones del estado. Los trajes actuales, según la investigación de papá, son una adaptación de los trajes de las primeras fiestas patronales. Las máscaras de doble barba, por ejemplo, hacen alusión a la doble barba del emperador Maximiliano; y los sombreros, al tocado de los obispos y sacerdotes católicos.

En el siglo xix, al contrario de lo que se piensa, el pueblo no estaba tan sometido: acababa de ganar la Guerra de Reforma y de expulsar a los franceses. De hecho, entre 1857 y 1867, años en los que surgió la tradición del chinelo como la conocemos en la actualidad, hubo en el país un ambiente de libertad. Tal fue la libertad del pueblo, que las manifestaciones populares, como la danza del chinelo, se volvieron peligrosas para los hacendados y para el gobierno, por lo que se tomaron medidas represivas. Para ese entonces, la Iglesia había recuperado el poder que había perdido en la Guerra de Reforma, y los hacendados estaban dispuestos a regresar por sus fueros. El resultado fue la represión de muchas de las libertades que gozaba el pueblo, incluida la danza del chinelo, pero la gota que derramó el vaso fue la prohibición de la danza del chinelo en 1888, incluso hay documentos en donde se puede leer lo anterior.

Prohibir la danza del chinelo enardeció al pueblo, pues consideraba que algo tan suyo, tan propio, tan arraigado

en su cultura, simplemente no podía prohibirse. Antes de ese año, el chinelo era un festejo de libertad, a veces jocoso, burlón, y festivo. Pero la prohibición lo transformó en un baile de descarada burla en contra del gobierno, la Iglesia y los hacendados. Al pueblo le importó poco que el chinelo fuese contra la ley: las danzas se siguieron practicando a lo largo y ancho del estado de Morelos. Como consecuencia, la represión del gobierno y de la Iglesia, ambos al servicio de los hacendados, no se hizo esperar. Desafortunadamente, —comentó mi papá— hubo hechos que lamentar.

También aprendí que la palabra *chinelo* proviene del término náhuatl *tzinologua* que quiere decir *movimiento de cadera*. Sin embargo, en el siglo XVIII, la palabra *chinelo* o *chinesco*, se usaba para designar aquello que era exótico, oriental o árabe.

Ambas teorías me parecieron aceptables y al fin pude conocer el origen de esa tradición; sin embargo, el miedo no cedía.

3

No pasaron muchos días para que los chinelos aparecieran nuevamente en mi cuadra. Escuche las notas y de inmediato sentí nervios y un ligero escalofrío. Al principio, mientras las notas de la banda de viento se acercaban a mi casa, decidí esconderme debajo de la cama y tapar mis oídos. Nada. Seguí sintiendo miedo. Cuando la música llegó a su punto más álgido, comprendí que los chinelos se encontraban una vez más frente a mi casa. En ese momento, decidí enfrentar ese ridículo pánico: me armé de valor, quité las manos de mis oídos, salí de debajo de la cama y fui a la calle. Con sorpresa, vi que también había niños como yo disfrutando el jolgorio. La gente que acompañaba a la comparsa me pareció inofensiva, pero los chinelos me seguían dando miedo. Caminé entre ellos como quien camina entre las tumbas de un cementerio en la madrugada. Al ver que los chinelos eran prácticamente inofensivos y que al parecer solo bailaban, el miedo disminuyó un poco, pero no del todo.

Andy no paraba de aullar, se veía angustiado. Sus largos aullidos podían escucharse a pesar del ruido de la banda. Me metí a la casa, al patio. Traté de calmarlo. No lo logré. Continuó soltando aullidos mientras los chinelos permanecieron en la calle. Finalmente se tranquilizó cuando se fueron, igual que yo la primera vez que los vi. Ahora

me intrigaban dos cosas: el susto que me provocaban los chinelos y los aullidos de Andy.

Esa noche no dormí. Todo el tiempo di vueltas y vueltas en la cama tratando de dilucidar el motivo de los aullidos. Recordé que la única ocasión en que había escuchado aullar a Andy había sido ante el cadáver del abuelo. Cuando Andy lo vio en su lecho de muerte, se soltó a aullar desesperadamente. En la familia, pensamos que también resintió su partida pero, ¿cómo sabía un simple perro que mi abuelo había muerto y que no estaba solamente durmiendo?

4

Convencí a mi hermano, a Pepe y al Tino de colocarnos las lagañas para poder ver muertos, como los perros.

Comencé a juntar las lagañas de Andy. Las puse en un recipiente de plástico y las guardé en el refrigerador para que conservaran todas sus propiedades. Junté la cantidad suficiente para untárnoslas en los ojos la próxima vez que se aparecieran los chinelos. Convencí a mi hermano, a Pepe y al Tino de colocarnos las lagañas para poder ver muertos, como los perros. Los cuatro esperábamos la llegada de los chinelos ansiosamente. Finalmente, las notas comenzaron a oírse a los lejos. Empezaba a oscurecer.

Rápidamente fui por las lagañas y las repartí. Nos las pusimos en los ojos e inmediatamente comenzamos a ver en blanco y negro. Los chinelos llegaron. Bailaban al ritmo de la música y algunos portaban antorchas. Todo parecía normal. No vimos nada extraño hasta que Daniel llamó nuestra atención.

—¡Miren! ¡Ese chinelo va flotando! ¡No tiene pies!

Mi hermano señaló al susodicho y, efectivamente, Pepe, el Tino y yo nos dimos cuenta de que un chinelo no tenía pies. ¡Se movía y bailaba sin pies! Nos volteamos a ver consternados, inseguros de lo que iba a suceder. Comencé a temblar y quería llorar, pero estaba dispuesto a descubrir la verdad. En blanco y negro, seguimos viendo al chinelo sin pies convencidos de que se trataba de un fantasma.

Los cuatro nos metimos a bailar y poco a poco nos aproximamos al fantasma. No pasaba nada, estábamos cerca de él y lo veíamos, pero todo parecía normal, excepto el detalle de sus pies o, mejor dicho, de la falta de sus pies. Seguimos a la comparsa por algunas calles hasta que oscureció totalmente y el jolgorio terminó. El grupo se dispersó y el fantasma se encaminó hacia el río, con su traje puesto. Lo seguimos con cautela fingiendo que nosotros

también íbamos por ese rumbo. Recogimos piedras y palos por si acaso. Los cuatro teníamos mucho miedo.

El chinelo seguía flotando hacia delante sin importarle nuestra presencia, hasta que, después de cinco minutos avanzando a la orilla del río, se detuvo. Volteó y nos vio.

—¿Por qué me siguen? —indagó.

Nos quedamos congelados.

—¿Por qué se quedan tan callados? No tengan miedo, no les voy a hacer nada.

—¡Usted es un fantasma sin pies! ¡Podemos verlo! —grité.

El chinelo se acercó, se quitó la máscara y vimos un rostro ultrajado, con sangre y un balazo en la sien. Nos quedamos inmóviles, pasmados. Aquel rostro sangriento y aquellos pies ausentes nos hicieron sentir como si estuviésemos maniatados. Pero cuando vimos que el fantasma era inofensivo, nuestro pavor disminuyó.

—¿Cómo pueden ver que no tengo pies? —preguntó el chinelo fantasma.

— Nos pusimos lagañas de mi perro en los ojos. También vemos su cara con un agujero y con sangre —respondió mi hermano.

—Así morí, niños, hace más de 100 años. En febrero de 1899, el gobierno nos asesinó en Tlayacapan, a mí y a mis compañeros. Nuestro único delito fue disfrazarnos con ropa vieja, bailar por las calles y burlarnos de ellos. No les gustó. Nos mataron a todos. Éramos 34. Hicieron un hoyo en la tierra y allí nos aventaron con todo y nuestros disfrases. Nunca hemos descansado en paz y es por eso que seguimos entre los vivos para expresar nuestro repudio en contra de quienes nos mataron. En cada municipio —continuó el chinelo— en cada barrio, en cada carnaval, en cada comparsa, siempre va uno de nosotros representando a nuestro grupo asesinado. Cada año, en época de carnavales, regresamos de nuestra tumba colectiva y nos juntamos con los chinelos vivos para seguir burlándonos del gobierno eternamente.